

www.elboomeran.com

José Luís Peixoto

Libro

Traducción de Carlos Acevedo



El Aleph Editores

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Título original: *Livro*

© José Luis Peixoto, 2010

Ilustración de la tripa: Rui Rodrigues

Primera edición: septiembre de 2011

© de la traducción: Carlos Acevedo Díaz, 2011

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.,

El Aleph Editores,

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Reinbook

Depósito legal: B. 24.618-2011

ISBN: 978-84-7669-995-9

*Un libro más es un libro menos;
un acercarse al último que espera en el ápice,
ya perfecto.*

JULIO CORTÁZAR, *La otra orilla*

1



(1948)

La madre posó el libro en las manos del hijo.

Qué misterio. El niño no era capaz de imaginar un propósito para el objeto que sostenía. Pensó en olerlo, pero la puerta del patio estaba abierta, entraba luz, había mucha vida allí fuera. El niño tenía seis años, perdió la atención, se distrajo, pero no se desinteresó por el libro, en cuanto dejó de interrogarlo como objeto en sí, empezó a cuestionarlo de manera mucho más abstracta, como intención, como sombra de un acto. La madre dijo el nombre de su hijo:

Ilídio.

El niño, Ilídio, en aquel momento estaba intentando imaginar la intención de su madre, qué pretendía al entregarle aquel libro, que era demasiado grande para sus manos, pero que no era demasiado pesado. La madre volvió a decir el nombre de su hijo, Ilídio. Y los colores de la madre volvieron a definirse ante él.

Escucha.

Esta palabra simple, de sílabas simples, fue entendida por Ilídio de manera completa, ya estaba oyéndola antes de ser dicha y siguió oyéndola en el silencio que vino después. Aquella voz diciendo aquella palabra formaba parte de Ilídio. Podía oírla dentro de su cabeza siempre que quisiera. Algunas noches, cuando se agarraba a la madre, al calor, sin

poder dormir, oía retazos de la voz de la madre, rasgados, pasándole por la cabeza como serpentinadas. Durante una de aquellas noches, o en varias, es muy posible que distinguiera aquella manera pacífica con que su madre siempre le decía: escucha. Había tonos de voz que la madre solo utilizaba para ciertas palabras o expresiones, como cuando se hartaba y decía: por favor, esculpiendo cada consonante, con un gran silencio entre por y favor, soplando al final; o como cuando decía: bueno, tonterías y nada más que tonterías, y soltaba una carcajada; o como cuando decía: mucha galbana y ganas de juerga es lo que tú tienes, y parecía que estaba cantando. No faltaban ejemplos de palabras que conseguía recordar en la voz de su madre.

Ilídio tenía hambre. Llegaba de lejos el cacareo de una gallina, llegaba del corral del vecino, al otro lado del muro. Era un cacareo permanente, casi dormido, casi arrastrándose, pero siempre sin parar. Era un cacareo que, asentado sobre aquella hora de la tarde, parecía distribuir una misteriosa armonía, como el maíz molido que, muy raramente, el vecino lanzaba sobre la tierra del corral. Ilídio sabía que, normalmente, la gallina comía piedras y, en momentos señalados, luchaba con lombrices, a las que vencía en duelo desigual. Desde lo alto de la pila de leña, ya la había visto. En ocasiones llegó a considerar la posibilidad de probar la lombriz. Cuando la gallina las estiraba con el pico, las reventaba y exhibía su interior, le parecían deliciosas.

Su madre iba a decir alguna cosa importante. Su madre era una mujer que hablaba mucho y reía mucho. Ilídio la llamaba cuando quería que ella viese algo, ella miraba, pero no paraba de reír o de hablar. Allí, a aquella hora, la madre decía las palabras una a una, como si solo pudiera usar pocas y tuviera que escogerlas muy bien. Había demasiado silencio. Ilídio sentía esto, pero no era capaz de encontrar las palabras para decírselo a sí mismo. Esto era cualquier cosa que sentía como el cambio de hora en verano, en invierno,

como los días de la semana, el sábado, el miércoles y muchas otras cosas que sentía sin conocer. Ilídio esperaba, tenía seis años, estaba tranquilo. La madre dijo:

Nunca lo olvides.

Ilídio pensó en los trenes. El motivo para pensar en los trenes no era evidente. En realidad, era una incógnita absoluta. Pensó en los trenes, en el brillo de los trenes, pero lo que realmente sintió fue falta de comprensión. Tenía forma de niebla, carecía de comprensión fresca, como puntos de agua disolviéndose en la piel de la cara.

Por primera vez en la vida lamentó que hubiese tantos asuntos en el mundo que no comprendía y se desanimó. Pero una mosca trazó un ángulo recto en el aire, después otro, y además, seis años son una edad de muchas cosas por primera vez, más de una al día y, por eso, acto seguido, llegó. Los asuntos que no comprendía eran una especie de atontamiento, pero Ilídio era fuerte.

A lo mejor estaba hablando de atender a la cabra: nunca olvides atender a la cabra. A Ilídio no le gustaba que la madre le mandase atender a la cabra. Si estaba ocupado en contarle un cuento a un paraguas, no quería que lo interrumpieran. A veces, la madre escogía los peores momentos para llamarlo, él podía estar contemplando un secreto, y por eso se asustaba y después se irritaba. A veces cogía rabietas en medio de la calle. La madre se avergonzaba y, más tarde, en casa, decía que la gente del pueblo nunca había visto a un niño tan malo. Ilídio se cabreaba, pero se acordaba de los hombres que le llamaban demonio, decían ah, demonio de crío. Con ese recuerdo recuperaba el orgullo. Era un demonio, no era malo. Esa certeza le daba fuerzas para protestar más, para gritar incluso, si le apetecía.

A lo mejor estaba hablando de los deberes: nunca olvides los deberes. A Ilídio no le gustaba hacerlos ni le gustaba que la madre le hablase de ellos nada más llegar de la escuela, se irritaba. El primer curso estaba lleno de obligaciones. Que-

ría comer, quería jugar, ponía mala cara. La madre le explicaba que si hacía pronto los deberes, después le quedaba todo el tiempo libre. En ese momento Ilídio se enfadaba. Entonces, la madre podía levantar la voz para hablarle de los demás niños que tenían que trabajar, ayudar en el campo. Ilídio conocía a esos niños, pero no quería oír hablar de ellos, y se ofendía. Entonces, la madre podía continuar con esa conversación, sin resultado, o podía dejarlo ir. En ese caso, las tardes pasaban lentamente, eran enormes, o pasaban deprisa, apenas habían comenzado y ya se estaban terminando, ya se habían terminado. A la mañana siguiente, Ilídio llegaba a la escuela sin los deberes hechos. La monja podía pescarlo o no. Si lo pescaba, podía castigarlo o no. Mientras recibía los reglazos, no lloraba. Era conocido por eso. Extendía la mano derecha y esperaba. Mientras le daba los reglazos, la monja lo amenazaba, lo insultaba, alteraba la cuenta cuando le apetecía, la regla cortaba el aire, producía un sonido limpio y seco, le golpeaba los huesos de la mano con toda la fuerza, pero no lloraba. Se ponía todo rojo, abría mucho las narinas para respirar, pero se mordía los labios y no lloraba.

No, no había razón para que la madre estuviera hablando de los deberes. A lo mejor estaba hablando de lavarse las manos: nunca olvides lavarte las manos. O a lo mejor estaba hablando de la sal: nunca olvides la sal. Pero no había razón para que la madre estuviera hablando de la sal. Ilídio sabía que su madre podía estar hablando de todo: nunca olvides todo. Pero Ilídio tenía seis años y no quería considerar esa posibilidad porque todo era demasiado.

Mayo. Al final, era mayo. El tiempo se distendía por fin. Una breve teoría: hay ciertos movimientos que solo son posibles tras el comienzo de la primavera. Durante el invierno, el cuerpo los olvida, mengua, se endurece como los árboles. En mayo, el cuerpo recuerda esos movimientos, decide reaprenderlos y, al hacerlo, redescubre su verdadera naturaleza. Por

eso se habla de renacer en primavera, por eso la gente se enamora y por eso crecen las plantas. Esos movimientos son simples, todo el mundo los sabe hacer. Al emprenderlos, dan lugar a multitudes desordenadas de secuencias que, al final de su acción, encienden el sol.

La madre sabía lo que había que hacer. Había quedado convencida por la voz con la que conversaba cuando estaba sola. Y por la vida, claro. La madre también conversaba con la vida. Cerró la puerta del corral, posó la llave sobre la mesa vacía, entró en la habitación, el sonido de abrir y cerrar el cajón vacío de la mesilla, salió de la habitación, agarró la maleta, dio tres pasos, tap, tap, tap, y abrió la puerta.

Vamos.

Ilídio se levantó del banco, lo arrimó al fuego apagado, se metió el libro bajo el brazo, agarró la maleta y se fueron.

Bajaban despacio, afianzando cada pie sobre las piedras de la cuesta. Madre e hijo, cargados de maletas, vestidos con la ropa más nueva, se compensaban. Desde lo alto de la cuesta se podía ver la distancia del pueblo y, allá al fondo, la extensión de campos. Tal vez hubiera pájaros que, en aquel mismo lugar, simplemente abrían las alas y, planicie tras planicie, se dejaban deslizar hasta el horizonte. La madre y el hijo no podían, estaban presos por zapatos apretados.

El pueblo descansaba, a la sombra. Faltaba poco para que la gente llegara del campo, las calles se verían atravesadas por hombres y mujeres con los rostros cubiertos de tierra. Había horas antes y después en que el pueblo había estado en movimiento, pero, mientras Ilídio y su madre bajaban por la cuesta, el pueblo descansaba y solo se oía, allá a lo lejos, con un ritmo seguro, el sonido del mazo golpeando el escoplo. Allí, clavado en el aire sobre el pueblo, aquel sonido era triste como la muerte repetida de un gorrión.

El albañil estaba en el balcón de la casa de doña Milú. Según sus cuentas, con medio día más terminaría las pequeñas obras para las cuales lo habían llamado y que, él solo, le

habían llevado casi dos semanas. El albañil estaba abriendo un agujero en la pared del balcón de doña Milú y se llamaba Josué. Era joven, tenía treinta y ocho años. El albañil se pilló un dedo entre el mazo y el escoplo, dejó caer el escoplo al lado de los pies y torció la cara. Se sopló en el dedo, pfff; después, para olvidar, escupió con fuerza. El viento se paró en aquel instante.

Un arco largo y demorado.

Abajo, el escupitajo estalló en el centro de una piedra de la acera. Allí quedó, secándose o quedando en el olvido. Josué entró en la casa y, por eso, tras un instante, al fondo de la calle, por esa misma acera, no vio surgir los bultos de la madre y el hijo. Venían cargados de maletas, eso se podía distinguir incluso a lo lejos. No se podía distinguir el color de la ropa que usaban, la falda de la madre tal vez fuese grisácea o negra, la chaqueta marrón del hijo podía ser de cualquier color oscuro. La madre tenía la cabeza cubierta por un pañuelo. Otros días, empujaba el pelo con una mano sobre la frente y tiraba del pañuelo con la otra mano. Ilídio conocía aquel gesto.

El tiempo era casi seguro. Lejos, en el atrio, las campanas iban a tocar. El tiempo era limpio como la brisa que comenzaba. La madre y el hijo no caminaban deprisa, pero se iban acercando. Pasaron por la puerta de la casa de doña Milú, por debajo del balcón desierto. La madre sujetaba dos maletas que no perturbaban su postura. Caminaba recta y seria. Los ojos de la madre, los ojos del hijo. Las imágenes se empañaban quizás a causa del silencio.

Llegaron al punto en donde el muro de la casa de doña Milú se redondeaba formando una esquina que daba a la bajada a la fuente, y siguieron. La madre apoyó la maleta y se agachó hasta quedar delante de Ilídio. Era elegante su cuerpo doblado dentro de la ropa. La madre tenía las cejas finas. Arregló el cuello de la camisa del hijo. Como si las manos fueran cepillos, las pasó por la chaqueta del hijo,

para limpiarlo de nada. Le quitó la pequeña maleta y la posó sobre un banco de piedra que había al lado de la fuente. Le quitó el libro que traía bajo el brazo y lo posó sobre la maleta. Agarrándolo por los hombros otra vez, lo miró en silencio. El silencio pasó. La madre tenía una voz:

Quédate aquí, no te muevas de aquí.

Ilídio era capaz de entender y obedecer las órdenes simples de su madre.

Espera aquí.

No respondió. Quería ver qué iba a pasar. Durante la última semana, la madre seria, sin palabras, Ilídio no comprendía. A su lado, el agua de la fuente.

Los ojos de la madre se quedaron parados en los del hijo hasta el instante en que su cuerpo se giró y se alejó, volviendo por donde acababa de llegar. Ilídio estaba pensando en cualquier cosa, quizás en los pájaros que venían a meterse entre las hojas de hiedra que cubrían el borde del muro de doña Milú, en frente, pájaros de la primavera. Alas u hojas. Y no se esforzó en escuchar los pasos de su madre alejándose hasta que solo fueron un resto de sonido. Solo el instinto. Cuando le pareció que ya había pasado mucho tiempo, sin mover los pies, con las manos en la espalda, inclinó el tronco hacia delante para ver a su madre allá al fondo, allá al fondo, alejándose, era su madre y, después, ay, desapareciendo, doblando la esquina. Ilídio volvió con el cuerpo a su posición. Lejos, en el atrio, las campanas de la iglesia dieron las siete de la tarde. Esa hora se extendió por todo el pueblo. Con seis años, Ilídio sabía de sobra que, en el atrio, el toque de las campanas interrumpía las conversaciones y los pensamientos.

Una lagartija subiendo por el muro. En frente de él, a unos metros, estaba el muro de doña Milú, tapado por un manto de hiedra, hojas verde oscuro, casi negras. A su derecha estaba la fuente nueva, un surtidor de tres caños vertiendo abundante agua en un pequeño pilón, con un borde de

mármol que llegaba por encima de las rodillas de las mujeres, hasta la cintura de Ilídio, y que tenía marcas redondeadas delante de los caños, donde se podían colocar los cántaros. Los caños, a su derecha, estaban clavados a una pared encalada que, por el otro lado, disponía de un pilón al que se podía llevar los animales a beber y, además, bajo un cobertizo, estaban los pilones de lavar la ropa. A su izquierda, estaba el camino de tierra que llevaba a la calle de la casa de doña Milú y a todo el pueblo. Detrás de sí, había un muro por el que subía una lagartija y, por detrás de ese muro, estaban las huertas. Todo ello, agua, huertas, cal, se mezclaba con el final de la tarde y se transformaba en una brisa que olía a cielo limpio. Cuando inspiraba, Ilídio sentía una especie de felicidad. Sentía que algo iba a cambiar. Mientras tanto, allí, el canto lejano de las cigarras, las palmas de las manos posadas sobre la cal todavía tibia del sol de la tarde, el agua agua agua.

Ilídio tenía hambre. Pasó un grupo de mujeres con cestas de ropa sucia. Lo miraron y no dijeron nada. Poco después, se oía el agua lanzada al aire, el eco estridente de sus carcajadas. Lo que decían era como aullidos, quejas o súplicas y, después, carcajadas. Eran ruidosas. El agua recibía puñetazos. Pasó también un hombre, torpe, encorvado, de piernas arqueadas. Tenía el pelo viejo, tiraba de una burra de ojos cansados. Eran dos grandes ojos castaños. Aquel cansancio contenía tristeza. El cansancio de Ilídio era diferente. La tarde se oscurecía y, a esa velocidad, Ilídio se impacientaba y se enfadaba. El hombre no se entretuvo. Después de beber la burra, cuando aún estaban preparándose para subir, después de pasarse un pañuelo enrollado por la cara, preguntó:

¿Y tú de quién eres?

Ilídio dijo el nombre de su madre.

¿De quién?

Repitió el nombre de su madre. El hombre se quedó parado, haciendo cábalas, intentando comprender y, después,

de repente, lo comprendió. Como si Ilídio hubiera dejado de existir, subió por el camino de tierra, seguido por la burra, resignada.

En el silencio del espacio inmediatamente a su alrededor, Ilídio seguía esperando. La tarde desaparecía, las formas ya no tenían sombra y, poco a poco, cambiaban de color, se transformaban ellas mismas en sombra. Ilídio tenía hambre, y por eso pensó en beber agua, desconocía la historia de la fuente. Pero, por un instante, creyó que cuando su madre volviese, notaría que él se había salido del sitio y se enfadaría. No tenía miedo, pero estando allí le apeteció evitar semejante escena, pues las mujeres ya habían acabado de lavar la ropa, ya la habían retorcido, y subían calladas, cargadas, el olor a jabón azul, las chinelas resbalando sobre la tierra seca.

Y no era casi de noche, era de noche. Existía aún el recuerdo de la tarde, pero ya era de noche. La campana no había dejado de dar todas las horas. Ilídio amasaba preguntas dentro de sí. Bebió agua. Con el cuello levantado, sentía cómo el agua se le escurría por los lados de la boca y por la barbilla. Era fresca y lo saciaba. ¿Dónde estaría su madre? ¿Por qué no venía a buscarlo? Ilídio se irritaba con estas preguntas. Su madre solía reñirle por mucho menos. Cuando llegase, pensaba castigarla.

Había grillos alrededor de la fuente. El cielo estrellado parecía un campo entero de madrigueras de grillo. Ilídio sabía que aquella era la hora entre cenar e irse a la cama. Tenía hambre, pero recordaba haber estado sentado en el suelo, jugando con carretes de hilo y oír a su madre contando cualquier cosa, comentarla y reírse. Los carretes de hilo rodeaban los ángulos desgastados de las piedras del suelo. La madre paraba de coser, el dedal, el brillo en la punta de la aguja, el hilo estirado, y quizás estuviera el fuego encendido, con una olla de agua arrimada a las brasas, siempre caliente, hirviendo. Después de este recuerdo, pensó que, si la madre llegaba, tal vez no diría nada. Solo iba a correr hacia ella y abrazarla.

Pero, inmediatamente, miraba alrededor y pensaba que no. Cuando la madre llegase, tenía palabras de enfado para decirle.

A partir de cierta altura, empezó a contener la respiración. Se propuso a sí mismo el desafío de contener la respiración hasta que la madre llegase. Habría sido un instante de gran efecto, pero no tenía suficiente resuello. Estaba cansado de mirar en la dirección de donde ella podría aparecer y no ver nada, ningún cambio, nadie. A partir de cierta altura, empezó a sentir una punzada, que se clavó y prosiguió. Dolió. Y la ropa de domingo, la maleta hecha, el libro, las preguntas sin respuesta. Pensó en volver solo a casa. Quizá la madre estuviera allí esperándolo, preocupada. Pero también pensó en la puerta de casa cerrada, de noche, y fue como la imagen de una pesadilla. Quédate aquí, no te muevas de aquí, espera aquí. Él conocía la voz de su madre.

Mientras hacía pis, empezó a llorar. Era un niño de seis años, de noche, en una carretera de tierra, haciendo pis y llorando. Se estremeció con el pis fluyendo, echó de menos oír a su madre preguntándole: A ver, ¿ya está?, como cuando acababan de levantarse y ella lo acompañaba al patio. La cabra se quedaba mirándolo. Era una cabra joven y se interesaba por todo, quería aprender a topetar en las cosas. ¿Dónde estaba la cabra? No la había visto en el patio antes de salir. Un misterio insignificante.

El pueblo entero estaba durmiendo. Nada perturbaba la noche. Pensó en llamar por su madre. La voz le salió desconsolada, infantil, y tuvo que llorar otra vez. Pensó en muchas cosas y, con el tiempo, sintió que se empequeñecía hasta ser menos que una piedra, una mota de polvo. El miedo le helaba las orejas, la punta de la nariz, las manos, las rodillas y los pies. No conseguía salir de dentro del tiempo. Cerraba los ojos, pero entonces sentía un golpe de miedo y volvía a abrirlos de repente.

De madrugada, cuando Josué bajó por el camino de la

fuente corriendo, tropezando con las botas desatadas y des-
perdigando piedras, Ilídio no reaccionó al verlo. Y del mis-
mo modo, no reaccionó ante sus palabras:

Me he retrasado, perdona. Estaba despreocupado, pen-
sando que era hoy. Estaba todo despreocupado. Hace un rato,
cuando me di cuenta de que había sido ayer, incluso salté de
la cama.

Sofocado, el albañil cogió la maleta y el libro. Fue a aga-
rrar el brazo de Ilídio, pero solo le agarró la manga y dio el
primer paso, el segundo, el tercero. Ilídio lo acompañó, habría
seguido a cualquiera a cualquier parte. La mañana era líqui-
da, los colores estaban hechos de vapor y Josué no callaba:

Yo sabía que era ayer, pero el miércoles empezó a pare-
cerme que aún era martes, anduve todo el día así, me acosté
así y, sin querer, me retrasé un día, fui para atrás. Si hubiera
sucedido en viernes, me habría dado cuenta al momento. En
casa de doña Milú, los viernes, cocinan pato. Huele.

Ilídio observaba las calles vacías. La tierra todavía cu-
bierta de rocío, las piedras pulidas. Luchaba con el impulso
de creer que lo llevaban junto a su madre porque había pa-
sado la noche entera esperándola, imaginando su llegada y
decepcionándose repetidamente. Ilídio conocía poco aquella
parte del pueblo. Le decían São João, tenía la calle de São
João, que acababa en el campo, y la capilla de São João.
Ante la puerta de una casa de paredes con la cal vieja des-
conchada, el albañil empezó a barajar un manojo de llaves.
Observó una, como si fuera diferente de todas las demás y,
con ella, abrió la puerta. Ilídio entró, percibió un olor frío y
extraño, salado, por todas partes, por todas las esquinas.
Buscando, incluso miró a las vigas del techo, entró en la ha-
bitación principal y salió corriendo, entró después en la habi-
tación más pequeña, única división que quedaba, y salió
muerto. Creyó que nunca jamás volvería a ver a su madre.
Intentando animarlo, Josué le preguntó:

¿Ya has ido al corral?

De nuevo, la esperanza. Ilídio saltó, el suelo no existió bajo aquellos pasos, atravesó la puerta del corral y, en la claridad del día, en un instante, se quedó parado, sin acción.

En aquel corral desconocido, la cabra, atada al tronco de un naranjo, lo miraba.

Ilídio avanzó despacio, pero había algo en él que permaneció suspendido y se hundió. Cuando abrazó a la cabra, sintió consuelo y pena al mismo tiempo. Su madre había estado allí para dejarla. Su madre había estado allí en aquel patio desconocido, y aquella idea también le proporcionó consuelo y pena, sobre todo pena. El niño demonio, que cogía rabietas, que recibía reglazos, que se irritaba, se quedó allí tumbado en el suelo, abrazado a la cabra, llorando. Era un niño que había perdido a su madre. Ignorante de aquel momento, con la lengua fuera, la cabra berreaba. Josué se asomó a la puerta del patio y no supo qué hacer o decir. Pasado un año, ellos dos se comerían las mejores partes de aquella cabra, en un guiso.